



Superespiritualidad

por Stephen B. Clark

"Juancito" acababa de terminar la Universidad. Había tenido una fuerte experiencia carismática. Se había convertido a Cristo de una manera nueva. Pero cuando se me acercó necesitaba dinero. Alguien con su educación no debería estar en necesidad de dinero, pero lo estaba. Resultaba que había decidido "confiar en Dios" y "dejarse guiar por el Espíritu". No había trabajado y por eso se estaba quedando corto de dinero.

"Sally" era diabética. Había escuchado una grabación sobre la sanación. No le faltaba normalmente su medicina. Se decidió a clamar en fe su sanación. Pero, lejos de pasar, su sanación, no ocurrió.

Éstas son historias verdaderas, aunque Juancito y Sally no son sus verdaderos nombres. Los elegí, no porque crea que tales eventos sean un problema grave, sino porque son los suficientemente claros como para ilustrar el punto. Ya que todos podemos reconocer las consecuencias cuando hacemos mal, quizás podamos reconocer lo que nos llevó a hacerlas mal.

Una vez recibí una queja sobre un líder carismático. La persona que se quejó dijo: "El problema con él es que es demasiado espiritual". Lo mismo podría haberse dicho de Juancito y Sally. Estoy de acuerdo con gran parte de la queja. Pero, ¿era el líder –o Juancito y Sally- demasiado espiritual?

No creo que sea posible ser demasiado espiritual. Si somos espirituales cuando tenemos celo por Cristo, no podemos ser "demasiado espirituales". El Señor se merece todo lo que le damos y más. Si somos espirituales cuando confiamos en Cristo para hacer cosas para nosotros y oramos y actuamos en fe, no podemos ser "demasiado espirituales". Cuanto más alcancemos a Cristo en y a través de nosotros, mejor. Si somos espirituales cuando experimentamos la presencia del Espíritu o sus inspiraciones, no podemos ser "demasiado espirituales". Cuanta más plena sea nuestra experiencia del Espíritu, mejor.

Juancito y Sally no eran demasiado espirituales, sino que había algo mal en la manera en la que eran espirituales. El problema de Juancito no era el hecho de que confiase en Dios, sino que no buscara trabajo. El problema de Sally no era que orase en fe, sino que dejara de tomar la medicina de la que sabía necesitaba. Al tratar de ser espirituales, ellos descuidaron algo humano y normal. Los seres humanos, incluso los seres humanos espirituales debieran

normalmente tener trabajos y tomar la medicina que necesitan. Ellos no confían demasiado “en la carne” o “en sí mismos” cuando usan medios humanos normales.

Cuando la gente es superespiritual y niega o descuida lo humano, acaba también fracasando también justo en lo que Dios quiere de ellos: tomar lo humano y cambiarlo para que se vuelva espiritual. Conozco a Juancito lo suficientemente bien como para saber que no sólo él debía conseguir un trabajo, sino que debía asumir el trabajo de manera responsable. Necesitaba ser fiel al llegar al trabajo a tiempo. Necesitaba ser más cooperativo con la gente para la que trabajaba. Necesitaba ganar dinero y usarlo con una buena administración, ayudando a sus familiares y dándolo para la obra del Señor así como para pagar sus propias cuentas.

¿Qué hay de espiritual en esto, te puedes preguntar? Conseguir un trabajo, llegar a tiempo, trabajar bien con las personas en autoridad, dar dinero a los miembros de la familia apenas parece espiritual. Son los milagros, las experiencias espirituales y el celo por Cristo los que son espirituales.

Pero Pablo nos dice que el verdadero fruto del Espíritu son las cosas como la fidelidad, paciencia, amabilidad, y autodominio (Gal 5,22-3). Él nos dice que si hay celos y riñas entre nosotros, no podemos ser tomados como gente espiritual (I Co 3,1-3). Nos dice: “Si tuviese todos los poderes proféticos, y comprendiese todos los misterios y todo el conocimiento, y si tuviese toda la fe como para mover montañas, pero no tengo amor, yo no soy nada” (I Co 13,2).

En estos pasajes, Pablo está poniendo el énfasis en las relaciones, en cómo tratamos a la gente. Si afirmamos tener grandes dones espirituales, pero estamos produciendo conflictos mayores o desunión en nuestras relaciones de trabajo o de vida más cercanas, algo no está funcionando bien en nuestra espiritualidad. Si afirmamos confiar más en Cristo y ser guiados más por el Espíritu, pero acabamos siendo infieles a los compromisos o descuidados con las responsabilidades, no estamos entendiendo bien algo.

Para ser verdaderamente espiritual, necesitamos tomar nuestras vidas humanas y vivirlas de una manera espiritual. Necesitamos trabajar y jugar, vivir con nuestras familias y amigos, adorar a Dios y ayudar al necesitado, pero debemos hacerlo todo con el fruto del Espíritu: amablemente, pacientemente, fielmente. Necesitamos vivir nuestras vidas cotidianas, pero con amor: amando a Dios y amando a nuestro prójimo.

Si ponemos nuestras vidas humanas y nuestras relaciones más cercanas diariamente ante nuestros ojos y las comparamos con la enseñanza de Cristo sobre el amor a Dios y al prójimo, entonces, algo más sucede. Allí debíamos encontrar la necesidad de la ayuda de Dios de una manera aún más grande.

Muchos de nosotros encontramos más fácil el tener fe en que Dios sanará a alguien, que en que nos cambiará para que podamos controlar nuestro temperamento o perdonar a alguien que nos ha lastimado. Podemos creer más fácilmente en que hará algo sin nosotros, pasando

por encima de nosotros, tercos seres humanos, a que realmente nos ayudará para que podamos vivir una vida humana de una manera más agradable a él. Nuestra mayor necesidad de fe y confianza en Dios es frecuentemente tener fe en que, imperfectos como somos, podemos vivir la vida cristiana en nuestras circunstancias y relaciones diarias.

Este artículo apareció originalmente en *New Covenant Magazine*, Enero de 1991 (c) *Our Sunday Visitor, Inc.*,
Huntington, IN